

costumbres provinciales, y por fin aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento á un sabio cortesano de París en medio de tales países, y lo veréis hecho un tronco, que apenas podrá á costa de mil señas dar á entender que tiene hambre. Luego si cada religión tiene sus ritos, cada nación sus leyes y cada provincia sus costumbres, es un error crasísimo el calificar de necios y salvajes á cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar, aun cuando éste sea el más ajustado á la naturaleza; pues si los demás ignoran estos requisitos por una ignorancia inculpable, no se les debe atribuir á delito.

Yo entiendo que el fondo del hombre está sembrado por igual de las semillas del vicio y de la virtud; su corazón es el terreno oportunamente dispuesto á que fructifique uno ú otra, según su inclinación ó su educación. En aquella influye el clima, los alimentos y la organización particular del individuo, y en ésta la religión, el gobierno, los usos patrios y el más ó menos cuidado de los padres. Luego nada hay que extrañar que varíen tanto las naciones en sus costumbres, cuando son tan diversos sus climas, ritos, usos y gobiernos.

Por consiguiente, es un error calificar de bárbaros á los individuos de aquella ó aquellas naciones ó pueblos que no suscriben á nuestros usos, ó porque los ignoran, ó porque no los quieren admitir. Las costumbres más

sagradas de una nación son tenidas por abusos en otras; y aun los pueblos más cultos y civilizados de la Europa, con el transcurso de los tiempos, han desechado como ineptias mil envejecidas costumbres que veneraban como dogmas civiles.

De lo dicho se debe deducir, que despreciar á los negros por su color y por la diferencia de su religión y costumbres es un error; el maltratarlos por ello crueldad, y el persuadirse á que no son capaces de tener almas grandes que sepan cultivar las virtudes morales, es una preocupación demasiado crasa, como dije al señor oficial, y preocupación de que os tiene harto desengañados la experiencia, pues entre vosotros han florecido negros sabios, negros valientes, justos, desinteresados, sensibles, agradecidos, y aun héroes admirables.

Calló el negro, y nosotros, no teniendo qué responder, llamamos también, hasta que el oficial dijo:—Yo estoy convencido de esas verdades, más por el ejemplo de usted que por sus razones, y creo desde hoy que los negros son tan hombres como los blancos, susceptibles de vicios y virtudes como nosotros y sin más distintivo accidental que el color, por el cual solamente no se debe en justicia calificar el interior del animal que piensa, ni menos apreciarlo ó abatirlo.

Iba á interrumpirse la tertulia, cuando yo, que deseaba escuchar al negro todavía, llené los vasos, hice que

brindáramos á la salud de nuestros semejantes los negros, y concluída esta agradable ceremonia, dije al nuestro:—Mr., es cierto que todos los hombres descendemos, después de la primera causa, de un principio creado, llámese Adán ó como usted quiera; es igualmente cierto que, según este natural principio, estamos todos ligados íntimamente con cierto parentesco ó conexión innegable; de modo que el emperador de Alemania, aunque no quiera, es pariente del más vil ladrón, y el rey de Francia lo es del último trapero de mi tierra, por más que no se conozcan ni lo crean; ello es que todos los hombres somos deudos los unos de los otros, pues que en todos circula la sangre de nuestro progenitor, y conforme á esto, es una preocupación, como usted dice, ó una quijotería, el despreciar al negro por negro; una crueldad venderlo y comprarlo y una tiranía indisimulable el maltratarlo.

Yo convengo en esto de buena gana, pues semejante trato es repugnante al hombre racional; mas limitando lo que usted llama desprecio á cierto aire de señorío con que el rey mira á sus vasallos, el jefe á sus subalternos, el prelado á sus súbditos, el amo á sus criados y el noble á los plebeyos, me parece que esto está muy bien puesto en el orden económico del mundo; porque si porque todos somos hijos de un padre y componemos una misma familia, nos tratamos de un mismo modo,

seguramente perdidas las ideas de sumisión, inferioridad y obediencia, el universo sería un caos en el que todos quisieran ser superiores, todos reyes, jueces, nobles y magistrados; y entonces ¿quién obedecería? ¿quién daría las leyes? ¿quién contendría al perverso con el temor del castigo? ¿y quién pondría á cubierto la seguridad individual del ciudadano? Todo se confundiría, y las voces de igualdad y libertad fueran sinónimas de la anarquía y del desenfreno de todas las pasiones. Cada hombre se juzgaría libre para erigirse en superior de los demás; la natural soberbia calificaría de justas las atrocidades de cada uno, y en este caso nadie se reconocería sujeto á ninguna religión, sometido á ningún gobierno, ni dependiente de ninguna ley, pues todos querrían ser legisladores y pontífices universales; y ya ve usted que en esta triste hipótesis todos serían asesinatos, robos, estupros, sacrilegios y crímenes.

Pero por dicha nuestra, el hombre, viendo desde los principios que tal estado de libertad brutal le era demasiado nociva, se sujetó por gusto y no por fuerza, admitió religiones y gobiernos, juró sus leyes é inclinó su cerviz bajo el yugo de los reyes ó de los jefes de las repúblicas.

De esta sujeción dictada por un egoísmo bien ordenado nacieron las diferencias de superiores é inferiores que advertimos en todas las clases del Estado, y en virtud de la justificación de esta alternativa, no me parece

violento que los amos traten á sus criados con autoridad, ni que éstos los reconozcan con sumisión, y siendo los negros esclavos unos criados adquiridos con un particular derecho en virtud del dinero que costaron, es fácil concebir que deben vivir más sujetos y obedientes á sus amos, y que en éstos reside doble autoridad para mandarlos.

Callé, y me dijo el negro:—Español, yo no sé hablar con lisonja; usted me dispense si le incomoda mi sinceridad; pero ha dicho algunas verdades que yo no he negado, y de ellas quiero deducir una conclusión que jamás concederé.

Es inconcuso que el orden jerárquico está bien establecido en el mundo, y entre los negros y los que llamáis salvajes hay alguna especie de sociedad, la cual, aun cuando esté sembrada de mil errores, lo mismo que sus religiones, prueba que en aquel estado de barbarie tienen aquellos hombres alguna idea de la Divinidad y de la necesidad de vivir dependientes, que es lo que vosotros los europeos llamáis vivir en sociedad.

Según esto, es preciso que reconozcan superiores y se sujeten á algunas leyes. La naturaleza y la fortuna misma dictan cierta clase de subordinaciones á los unos, y confieren cierta autoridad á los otros; y así, ¿en qué nación, por bárbara que sea, no se reconoce el padre autorizado para mandar al hijo, y éste constituido en la

obligación de obedecerlo? Yo no he oído decir de una sola que esté excluída de estos innatos sentimientos.

Los mismos tiene el hombre respecto de su mujer y ésta de su marido; el amo respecto de su criado; el señor respecto de sus vasallos, éstos de aquéllos, y así de todos.

¿Y en qué nación ó pueblo, de los que llaman salvajes, vuelvo á decir, dejarán los hombres de estar ligados entre sí con alguna de estas conexiones? En ninguno, porque en todos hay hombres y mujeres, hijos y padres, viejos y mozos. Luego pensar que hay algún pueblo en el mundo donde los hombres vivan en una absoluta independencia y disfruten una libertad tan brutal que cada uno obre según su antojo, sin el más mínimo respeto ni subordinación á otro hombre, es pensar una quimera, pues no sólo no ha habido tal nación, mientan como quieran los viajeros, pero ni la pudiera haber, porque el hombre siempre soberbio, no aspiraría sino á satisfacer sus pasiones á toda costa, y cada uno queriendo hacer lo mismo, se querría erigir en un tirano de los demás, y de este tumultuoso desorden se seguiría sin falta la ruina de sus individuos. Hasta aquí vamos de acuerdo usted y yo.

Tampoco me parece fuera de la razón que los amos y toda clase de superiores se manejen con alguna circunspección con sus súbditos. Esto está en el orden,

pues si todos se trataran con una misma igualdad, éstos perderían el respeto á aquéllos, á cuya pérdida seguiría la insubordinación, á ésta el insulto y á éste el trastorno general de los Estados.

Mas no puedo coincidir con que esta cierta gravedad, ó seriedad pase en los superiores á ser ceño, orgullo y altivez. Estoy seguro que así como con lo primero se harán amables, con lo segundo se harán aborrecibles.

Es una preocupación pensar que la gravedad se opone á la afabilidad, cuando ambas cosas cooperan á hacer amable y respetable al superior. Cosa ridícula sería que éste se expusiera á que le faltaran al debido respeto los inferiores, haciéndose con ellos uno mismo; pero también es cosa abominable el tratar á un superior que á todas horas ve al súbdito erguido el cuello, rezongando escasísimas palabras, encapotando los ojos, y arrugando las narices como perro dogo. Esto, lejos de ser virtud, es vicio; no es gravedad sino quijotería. Nadie compra más baratos los corazones de los hombres que los superiores, y tanto menos les cuestan, cuanto más elevado es el grado de superioridad. Una mirada apacible, una respuesta suave, un tratamiento cortés, cuesta poco y vale mucho para captarse una voluntad; pero por desgracia la afabilidad apenas se conoce entre los grandes. La usan, sí; mas la usan con los que han menester, no con los que los han menester á ellos.

Yo he viajado por algunas provincias de la Europa y en todas he observado este proceder, no sólo en los grandes superiores, sino en cualquier rico... ¿qué digo rico? Un atrapalmejas, un empleado en una oficina, un mayordomo de casa grande, un cajerillo, un cualquiera que disfrute tal cual protección del amo ó jefe principal, ya se maneja con el que lo va á ocupar por fuerza, con más orgullo y grosería que acaso el mismo en cuyo favor apoya su soberbia. ¡Infelices! no saben que aquellos que sufren sus desaires son los primeros que abominan su inurbana conducta y maldicen sus *altísimas* personas en los cafés, calles y tertulias, sin descuidarse en indagar sus cunas y los modos acaso vergonzosos con que lograron entronizarse.

Me he alargado, señores; mas ustedes bien reflexionarán que yo sé conciliar la gravedad conveniente á un amo, ó sea el superior que fuere, con la afabilidad y el trato humano debido á todos los hombres; y usted, español, advertirá que unas son las leyes de la sociedad y otras las preocupaciones de la soberbia; que por lo que toca al *doble derecho* que usted dijo que tienen los amos de los negros para mandarlos, no digo nada, porque creo que lo dijo por mero pasatiempo; pues no puede ignorar que no hay derecho divino ni humano que califique de justo el comerciar con la sangre de los hombres.

Diciendo esto, se levantó nuestro negro y sin exigir

respuesta á lo que no la tenía, brindó con nosotros por última vez, y abrazándonos y ofreciéndonos todos recíprocamente nuestras personas y amistad, nos retiramos á nuestras casas.

Algunos días después tuve la satisfacción de verme á ratos con mis dos amigos el oficial y el negro, llevándolos á casa del coronel, quien les hacía mucho agasajo; pero me duró poco esta satisfacción, porque al mes del suceso referido se hicieron á la vela para Londres.



CAPÍTULO II

Prosigue nuestro autor contando su buena conducta y fortuna en Manila. Refiere su licencia, la muerte del coronel, su funeral y otras friolerillas pasaderas

En los ocho años que viví con el coronel me manejé con honradez, y con la misma correspondí á sus confianzas, y esto me proporcionó algunas razonables ventajas, pues mi jefe, como me amaba y tenía dinero, me franqueaba el que yo le pedía para comprar varias an-